

4 . LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

Relación de Lovaina, 1971

La Comisión Fe y Constitución, tras recibir la relación sobre el problema hermenéutico, decidió emprender un estudio sobre la autoridad de la Biblia (Bristol, 1967).

El proceso de estudio se inició con una consulta a veinticinco teólogos en Boldern, cerca de Zurich, en octubre de 1968. La conferencia decidió no lanzarse inmediatamente a una reflexión sistemática acerca de la autoridad de la Biblia, sino comenzar con la exégesis de textos bíblicos sobre temas concretos. ¿Qué autoridad tienen tales textos actualmente? ¿Con qué autoridad iluminan los temas? Sólo tras un intento de respuesta a estas preguntas se discutió el tema general de la autoridad bíblica. Los hallazgos de la consulta de Boldern fueron resumidos por el prof. James Barr en el trabajo, 'The Authority of the Bible: a Study Outline', *The Ecumenical Review* 21 (1969) 135-150. Al estudio de las nociones generales se unieron cuatro artículos acerca del concepto de autoridad, escritos por Eberhard Jüngel (luterano de Alemania), Gerhard Krodel (luterano de los EE.UU. de América), René Marlé, SJ (católico de Francia), y Juan D. Zizioulas (ortodoxo de Grecia) (*Ibid.*, 150-166).

A la luz de las nociones generales y de los apéndices, el tema fue entonces estudiado por varios grupos en diferentes países: un grupo germano-holandés, uno alemán, otro británico, dos grupos norteamer-

ricanos, dos grupos franceses, un grupo español, otro etíope, y un grupo escandinavo.

La mayoría de los grupos preparó una relación con sus resultados (archivos del CEI FO/71, 5). Un avance nuevo y trascendental lo constituyó el hecho de que teólogos católicos participaran plenamente en la consulta inicial y fueran miembros activos en muchos de los grupos regionales de estudio.

El resumen de las relaciones de los grupos, preparado por la Dra. Ellen Flesseman-van Leer (archivos del CEI FO/71, 6), sirvió como documento de trabajo para los representantes de los grupos que se reunieron en Cartigny, cerca de Ginebra, en la primavera de 1971, para redactar la relación final del estudio. Esta relación fue sometida a la Comisión de Fe y Constitución y aceptada por ella en su reunión de Lovaina de 1971. Se publicó por FO, *Louvain 1971* (FO Paper, n. 59 [Ginebra 1971] 9-23).

I. EL PROBLEMA

La cuestión que el grupo de estudio organizado por la Comisión Fe y Constitución se planteó como objeto de investigación puede formularse así: ¿hasta qué grado tiene autoridad la Biblia para el pensamiento y la praxis cristiana? La respuesta inmediata sería que la Biblia tiene autoridad porque por medio de ella podemos oír la Palabra de Dios y conocer su voluntad. Pero esta respuesta sugiere otra pregunta ulterior: ¿cómo acercarnos a la Biblia de manera que a través del texto bíblico Dios pueda hablarnos con autoridad hoy?

Para sentir toda la fuerza de esta pregunta debemos en primer lugar darnos cuenta de que la Biblia es el punto común de referencia para todos los cristianos e iglesias. Es la base de su fe y la norma de su conducta. El hecho de que todas las iglesias prueben y verifiquen su predicación y enseñanza en último término mediante las Escrituras les da una orientación común. El estudio intensivo de la Biblia ha sido también habitual hasta ahora en el Movimiento ecuménico. El estudio de las Escrituras une a cristianos de diferentes tradiciones. En el Movimiento ecuménico se aprende a leer la Biblia con nuevos ojos. Su horizonte se amplía. Por esa razón fue posible sin excesivas dificultades el incluir una referencia a la Biblia en las Bases del CEI.

Pero la aceptación automática de la Biblia como base y norma se ha visto sacudida en muchos lugares. Muchos cristianos advierten que la Biblia es extraña a su vida diaria y encuentran cada vez más difícil percibir la interpelación que Dios les hace a través de las palabras de la Biblia. Esta dificultad es sentida por no pocas iglesias. Sólo con muchas dificultades pueden encontrar en la Biblia y en su autoridad una base clara para su testimonio y acción pastoral en el mundo moderno. Incluso en el Movimiento ecuménico se ha suscitado cierta perplejidad respecto a la Biblia. Resulta que la Biblia es leída de forma distinta en las diferentes iglesias. La Biblia es usada para justificar posturas divergentes, con lo que la apelación a la Escritura puede conducir a nuevas diferencias. Sobre todo las dificultades han aflorado cuando las iglesias han intentado hablar y actuar juntas partiendo de la base bíblica. Intentos ocasionales para lograr una respuesta cristiana acerca de un problema concreto, partiendo más o menos directamente de la Biblia, han resultado insatisfactorios. Como resultado de ello se tiende cada vez más a abandonar la apelación al fundamento bíblico. Con ello simplemente se evita el problema, lo cual tampoco parece una actitud satisfactoria.

¿Por qué resulta hoy tan difícil a las iglesias hablar juntas con autoridad a partir de la Escritura? ¿Qué factores nos impulsan a investigar el problema de la autoridad de la Biblia? Tres consideraciones se hacen a continuación, para clarificar la situación de la que parte este estudio.

1. *Diferencias confesionales*

En primer lugar debemos considerar los factores confesionales. Las diversas confesiones tienen opiniones divergentes sobre la significación de la Biblia. Ciertamente, la vieja controversia sobre Escritura y Tradición ha entrado en una fase de normalización en los últimos años. La IV Conferencia Mundial de Fe y Constitución en Montreal pudo registrar el siguiente consenso: «Podemos decir que existimos como cristianos por la Tradición del Evangelio (la *parádoxis* del *kerygma*) testimoniada en la Escritura, transmitida en el seno de la Iglesia y por ella mediante poder del Espíritu Santo» (Montreal, n. 45). Aun siendo sin duda importante este acuerdo deja todavía espacio para diferentes acentos. Podemos p. ej., acen-

tuar la Biblia como testimonio autorizado de la Tradición. Pero podemos igualmente subrayar la importancia del proceso de la Tradición en el seno de la Iglesia y por la Iglesia. Nuestro tratamiento de la Escritura dependerá de dónde pongamos el acento. Si lo ponemos en lo primero, tenderemos a tratar las Escrituras como norma en toda cuestión; si subrayamos lo segundo, tenderemos a dar más peso a la enseñanza tradicional de la Iglesia. Pero los factores confesionales aparecen aún más en escena, cuando tratamos de interpretar la Escritura en términos contemporáneos. En una proporción mucho mayor de lo que querríamos admitir, los métodos hermenéuticos empleados en la interpretación de la Escritura están influidos por las tradiciones de las confesiones particulares. La Conferencia de Montreal puso ejemplos de ello (Montreal, n. 53). Tales son, por escoger algunos, el importante papel de la tradición de la Iglesia primitiva en las Iglesias orientales, el papel del Magisterio en la Iglesia Católica Romana, el papel de los documentos confesionales en las Iglesias protestantes, etc. Estas peculiaridades confesionales pueden parecer irrelevantes a muchos, pero persiste el hecho de su influencia en el pensamiento de las iglesias en cuestión y las predispone hacia una actitud determinada frente a la Escritura. Otro factor importante en este contexto es el uso que se hace hoy de la Biblia en las distintas iglesias. No es lo mismo que la predicación esté normalmente basada en la Escritura o que ésta se oiga principalmente a través de las lecturas bíblicas en la liturgia.

2. Influencia de la crítica histórica

Se admite generalmente que la Biblia debe ser estudiada e interpretada como un conjunto de documentos humanos, que datan de un período histórico concreto, y de acuerdo con los procedimientos adoptados para cualquier otro documento literario del pasado. Partiendo de la base del estudio histórico-crítico, la investigación bíblica ha despejado en las últimas décadas muchas incógnitas. Mientras que todavía puede haber diferencias acerca de muchas cuestiones de detalle, el método de indagación está casi universalmente aceptado y los eruditos bíblicos de las diferentes tradiciones confesionales llegan a menudo a hallazgos exegéticos sorprendentemente similares. ¿Representa por lo tanto la crítica histórica y sus métodos

un factor de unión? Muchos han acariciado esta esperanza. La Conferencia de Montreal lo afirmaba expresamente: «la exégesis moderna ya ha contribuido enormemente a la aproximación de las diferentes iglesias al llevarlas a la Tradición» (Montreal, n. 45) Esta afirmación sin duda encierra verdad, pero es preciso también reconocer sus limitaciones. La aplicación de los métodos histórico-críticos ha sacado a la luz con mayor claridad que nunca la diversidad del testimonio bíblico. Todos los pasajes concretos y las tradiciones bíblicas están relacionados con situaciones históricas determinadas y la Biblia es la colección de estos diversos testimonios. Pero, ¿cuál de estos testimonios tienen autoridad? Para muchos cristianos esta cuestión está inevitablemente asociada con el miedo a que los métodos histórico-críticos puedan destruir la autoridad de la Biblia y la propia fe cristiana. Este miedo carece de fundamento. Por el contrario, la investigación histórico-crítica ha supuesto sin duda un nuevo modo de afrontar los datos bíblicos y por esa razón se hace necesario considerar la autoridad de la Biblia de un modo nuevo.

3. *El distanciamiento histórico*

Estrechamente unido a esto se encuentra la consideración ulterior de que la investigación crítica nos ha concienciado vivamente del carácter histórico del testimonio bíblico, y consecuentemente de su lejanía en el tiempo al lector actual de la Biblia. El mensaje de la Biblia está expresado en términos que ya han caído en desuso. Como documento de la historia pasada requiere acomodación al tiempo presente; porque, para que llegue a tener ciertamente relevancia para nosotros, precisa ser expresado en categorías apropiadas al presente. La situación actual del hombre debe ser tenida en cuenta; pero, sin duda, los hombres viven en situaciones muy diversas. Los factores culturales son distintos en una sociedad y en otra. El pensamiento de las personas está bajo la influencia de diversas tradiciones filosóficas. En consecuencia el proceso de acomodación tiene lugar inevitablemente bajo condiciones muy variadas y los resultados nunca pueden concordar plenamente.

Surge entonces una cuestión: a la vista de este abismo histórico, ¿cómo puede reclamarse relevancia alguna para la Biblia? Esta pregunta no se presenta, por supuesto, en todas partes con la mis-

ma urgencia. Incluso muchas iglesias y cristianos asumen hoy casi sin cuestionamientos una actitud de contemporaneidad con la Biblia y no sienten necesidad alguna de conceder mayor importancia a su carácter histórico. Es posible también adoptar una versión bastante sofisticada de esta visión sincronizada entre la Biblia y el lector actual e insistir en ella como una alternativa a la investigación crítica. Esto acontece, p. ej., cuando los hallazgos y métodos del estructuralismo se aplican a la exégesis de los textos bíblicos.

Pero pueden darse diversas respuestas a la pregunta antes planteada, inclusive por aquellos que son conscientes del problema de la lejanía histórica. Algunos sostienen que la Biblia como palabra de Dios interpela atemporalmente a cada generación y que su mensaje puede hablar directamente a los hombres de todas las épocas, con tal de que se le despoje de las formas históricamente condicionadas que la recubren. El hombre, con sus preguntas, sigue siendo fundamentalmente el mismo y, dado que la Biblia responde a sus inquietudes más profundas, es todavía hoy relevante. Pero otros creen que la acción de Dios en la historia de la que la Biblia da testimonio va más allá y que la situación actual debe ser entendida ante todo no como análoga a la primigenia sino como un fruto de ella. La concepción general que adoptemos determinará nuestra lectura de la Biblia y nuestra interpretación de su mensaje.

II. EL CONCEPTO DE AUTORIDAD

¿Qué queremos decir al hablar de la «autoridad» de la Escritura? El término puede ser usado de forma variada, por lo que conviene precisar con claridad los diversos significados desde el principio.

1. En primer lugar, la Biblia tiene un peso determinado como documento literario. Cuando cristianos y no cristianos leen este documento y procuran entenderlo, se están de alguna manera «sometiendo» a su autoridad. Esto se aplica a la lectura e interpretación de cualquier parte de la Biblia. La «Biblia» es la «autoridad» dada que debe respetar quien quiera interpretarla. La Biblia como documento literario ocupa un lugar importante en la historia de la humanidad. Las inquietudes y el pensamiento de muchas generaciones han sido orientados y modulados por la Biblia, y ya por este motivo merece

respeto. Al tratar los hombres de entender la Biblia como un factor de influencia en la historia y la cultura se abren a su influjo. Pero puede uno preguntarse si no resulta quizá erróneo el referirnos a esta influencia como «autoridad».

2. Cuando la Iglesia procura dar razón de sí misma debe remitirse a la Biblia. La «autoridad» de la Biblia puede considerarse como resultante de su carácter de fuente indispensable de conocimiento para la Iglesia. Históricamente la Iglesia cristiana se originó en el testimonio de los Apóstoles y de las primeras comunidades cristianas. En todas las épocas la Iglesia ha permitido que su enseñanza fuera definida por esta Tradición. La Biblia es única en cuanto libro que guarda y hace accesible en su forma más fiel y genuina el testimonio sobre el que la Iglesia está fundada. Por esta razón, la Iglesia ha reconocido este conjunto de escritos como un documento histórico con el que se sabe ineludiblemente relacionada.

3. Cuando hablamos de la «autoridad» de la Biblia en sentido estricto, queremos decir que hace audible la Palabra de Dios y es por ello capaz de conducir a los hombres a la fe. No nos referimos a su autoridad como documento literario, ni a su valor literario, ni siquiera a su autoridad como documento, el más antiguo del mensaje apostólico, sino al hecho de que los hombres son asidos por el mensaje de la Biblia, al hecho de que podemos oír a Dios hablándonos en la Biblia. Por supuesto, en última instancia esta autoridad es la autoridad de Dios mismo y no la de la Biblia como libro. En este sentido se puede reclamar «autoridad» para la Biblia, porque con su testimonio hace posible el conocimiento de Dios y de su autoridad. Por ello posee tan sólo una autoridad derivada. Con todo, cualquiera que haya encontrado alguna vez al Dios de Jesucristo en la Biblia volverá una y otra vez a esta fuente.

Pero, ¿es apropiado aplicar a la Biblia el término «autoridad»? Algunos grupos expresaron dudas al respecto. El término «autoridad» se presta hoy a múltiples malentendidos. Es demasiado fácil asociarlo con autoridades que demandan obediencia ciega y que por tanto suprimen la libertad antes que crearla. La autoridad y el status no son puestos en el mismo plano, con lo que aplicar el término autoridad a la Biblia puede oscurecer más que iluminar la naturaleza e influencia de las Escrituras. Es posible distinguir, sin du-

da, entre «tener autoridad» y «ser autoritario», e interpretar la autoridad de la Biblia en el primer sentido. Pero se trata de una distinción sutil, difícil de mantener en el uso ordinario. Resulta de más importancia otra reserva ulterior: algunos grupos preguntaban si la Biblia puede experimentarse como autoridad en el sentido de un poder dominante que compele al asentimiento, dirigiendo de esta forma hacia la libertad. Ciertamente Dios mismo es experimentado de esta forma, pero, ¿puede decirse lo mismo de la Biblia como «autoridad» derivada? ¿No es más apropiado hablar del «papel», la «influencia», o la «función» de la Escritura (grupo británico)? Las reservas acerca del término «autoridad» en todas sus equívocas interpretaciones occidentales fueron expresadas especialmente por los ortodoxos¹.

Aunque la mayoría de los grupos dieron el debido peso a estas reservas, mantuvieron sin embargo el término «autoridad». Bajo su punto de vista los problemas que hoy se suscitan podrían clarificarse con mayor facilidad si partimos de este concepto. Pero todos subrayaron que la autoridad debe ser entendida como un «concepto relacional»; no como un poder agresivo sino como un testimonio que debe aceptarse en libertad: no como una fuerza aplastante sino como una puerta a la libertad. La autoridad es por ello una realidad presente sólo cuando los hombres la experimentan como autoridad; al mismo tiempo, trasciende la experiencia humana. Debe ponerse un especial y explícito énfasis en este carácter supraindividual de la autoridad (véase la Sección IV). No podemos restringir el término «la autoridad de la Biblia» simplemente al último de los tres niveles de significado. Debemos igualmente hacer justicia a la comprensión de la autoridad de la Biblia en el sentido de «documento de la fe de la Iglesia» (véase la próxima sección). Las diversas dimensiones de la autoridad de la Biblia no deben separarse unas de otras.

1 *The Ecumenical Review* 21 (1969) 106 ss.

III. REVELACION Y DIVERSIDAD DE INTERPRETACIONES

1. La Biblia habla de ciertos acontecimientos en la historia, en donde la obra de Dios, que es revelación, juicio y salvación, ha tenido lugar. No obstante aquí surge una dificultad que dejó huella en las relaciones de todos los grupos. Si nuestra fe descansa en acontecimientos históricos en los que Dios se reveló, entonces parece que dependerá mucho del hecho de que la Biblia nos haya transmitido un testimonio fidedigno de tales acontecimientos históricos. Pero la investigación bíblica nos ha mostrado sobre todo, que los acontecimientos que la Biblia considera de importancia decisiva se nos dan siempre ya interpretados. Prescindiendo de que tales acontecimientos narrados gocen o no de credibilidad a los ojos del hombre de hoy resulta arriesgado y a menudo empresa imposible el ahondar en la interpretación del mismo acontecimiento como tal. Toda reconstrucción «de lo que realmente sucedió» nunca es otra cosa que una hipótesis más o menos razonable. Esto se aplica tanto a la investigación bíblica como al campo de la historia secular. Los acontecimientos relatados, nunca son por tanto «los hechos desnudos», sino que nos llegan siempre revestidos de la interpretación de los autores bíblicos.

2. Esto podría sugerir fácilmente que la autoridad de la Biblia no descansa realmente en los acontecimientos que registra, sino en la interpretación de estos eventos por los autores bíblicos. ¿Quedaría deteriorada seriamente la autoridad de la Biblia, si los acontecimientos que proclama como de importancia decisiva se probara que jamás acontecieron en manera alguna? Los diversos grupos concordaron en que hay una conexión indisoluble entre acontecimientos e interpretación, que no debe romperse. Por una parte es preciso mantener que en la Biblia no existen acontecimientos sin sus interpretaciones. Desde luego debemos ir un poco más allá y decir que los acontecimientos en sí no tienen trascendencia en absoluto, sino que son, por decirlo así, mudos y precisan de una interpretación para que en ellos la voz de Dios pueda ser oída. Por ello, y en cierto sentido, la interpretación es el acontecimiento. Por otra parte, el carácter histórico de la revelación tiene una importancia capital. La relevancia de las interpretaciones se apoya, en último término, en los acontecimientos a los que se refieren y por los que

están determinadas. Algunos opinaban que la revelación no estaba ligada a lo que acaecía temporalmente en la historia, sino que podía haber tenido lugar en el proceso de narración de la historia (una minoría del grupo británico). La inmensa mayoría, empero, sostuvo que la historia de los acontecimientos tiene importancia decisiva.

3. Lo que ha sido dicho hasta aquí se aplica por igual al Antiguo y al Nuevo Testamento. Veamos en primer lugar el Nuevo Testamento. Su centro es «el acontecimiento de Cristo». Pero este acontecimiento central contiene muchos aspectos históricos, tales como la presencia y el ministerio de Jesús, sus palabras y su enseñanza, su cruz y su resurrección. Todo el Nuevo Testamento está relacionado con esta secuencia central de acontecimientos en Cristo. No obstante, mientras muchos pasajes dan un testimonio directo sobre ellos, otros están relacionados menos directamente. Al segundo grupo pertenecen, p. ej., pasajes en los que los escritores del Nuevo Testamento reflexionan de diversos modos acerca del significado redentor de la cruz y la resurrección o también, los pasajes parenéticos. La cuestión de la historicidad se suscita directamente en muchas de las historias de milagros y afecta también a relatos centrales tales como el del nacimiento virginal, la tumba vacía o la ascensión. No es nuestra intención aquí afirmar o negar la historicidad, porque, aun dejando a un lado los hallazgos de la investigación bíblica, estamos tratando aquí de relaciones que puedan clarificar e interpretar el contenido central del Evangelio, a saber, la obra de Dios en Cristo.

4. Si por esta razón, de acuerdo con lo dicho hasta aquí, lo que revela a Dios no es únicamente el acontecimiento, sino el acontecimiento asociado a su apropiada interpretación, entonces la proximidad temporal y el carácter de testimonio directo de la Biblia no pueden ser decisivos para elucidar su autoridad. Es posible en principio que una interpretación posterior esté sustancialmente más próxima al Evangelio. Ninguno de los grupos pudo, desde luego, aceptar una elección excluyente entre proximidad temporal o sustancial. El grupo germano-holandés en particular planteó detalladamente esta cuestión pero sin llegar a acuerdo alguno unánime. Muchos sostenían que el carácter de testimonio presencial de la Bi-

blia era de la mayor importancia para su autoridad, pues aclara la unidad indisoluble existente entre acontecimiento e interpretación. Pero otros, al tiempo que concedían que el testimonio del Nuevo Testamento goza de una prioridad de factor en virtud de su proximidad temporal, mantenían que esta prioridad derivada de su proximidad temporal no significaba necesariamente una prioridad en sustancia. Todos concordaban en que ciertas interpretaciones del Nuevo Testamento pueden ser más aptas que otras. La autoridad de la Biblia está basada a la vez y al propio tiempo en la proximidad temporal y sustancial. Ahora bien, si se exige esta doble proximidad para el testimonio del Nuevo Testamento, se siguen casi inevitablemente algunas consecuencias sobre la naturaleza de la inspiración del texto del Nuevo Testamento.

5. El Nuevo Testamento contiene diversas interpretaciones. Todos los grupos afrontaron este hecho. En las interpretaciones que usaron no topaban con contradicción alguna que no pudiera ser de una u otra forma conciliada. Este hecho pudo ser en parte resultado de la elección de los temas y no permite el llegar a ninguna conclusión general. Todos los grupos partieron de la asunción de que toda interpretación estaba ligada a una situación históricamente condicionada y concreta, y que debía ser entendida en los términos de esa situación. Si se enfocan las interpretaciones así, pueden todas ellas ser entendidas como consistentes entre sí en sus diferentes líneas de visión, hasta el punto de que todas señalan más allá de sí mismas al Dios que se reveló en Jesucristo; muestran entonces, cómo esta verdad ha sido experimentada como autoridad en situaciones divergentes. Pero, ¿puede reclamar para sí toda interpretación el constituir una exégesis legítima de un acontecimiento central? El grupo que trató el nacimiento virginal explícitamente planteaba esta cuestión: ¿tiene esta interpretación una autoridad vinculante? Su respuesta final fue que sí la tenía. Porque, en opinión del grupo, el testimonio parco de esta afirmación (del nacimiento virginal), no era argumento decisivo contra su legitimidad. Tampoco aceptaba el argumento de que esta interpretación debilitase la humanidad de Cristo. Pero a lo que no respondía era a si es en principio posible hacer una distinción crítica entre varias interpretaciones. El criterio es saber hasta qué punto una exégesis interpreta un acontecimiento

salvífico central atestiguado por las Escrituras, permaneciendo enraizada en ese acontecimiento salvífico.

6. La Biblia nos presenta una gran diversidad de materiales. Diferentes interpretaciones aparecen unas junto a otras a partir de situaciones divergentes. ¿Cómo se hace audible la voz de Dios para nuestra situación en este material? ¿Puede encontrarse un centro a partir del cual podamos entender estos materiales y situarlos en su lugar adecuado? Esto es posible hasta cierto punto. Es claro que no todas las interpretaciones tienen el mismo peso. El propio Nuevo Testamento nos fuerza a efectuar ciertas distinciones. El mensaje de la resurrección es sin duda de mayor importancia que el del nacimiento virginal. No obstante, todos los grupos fueron extremadamente cautos en sus conclusiones. Aunque estaban dispuestos a aceptar que ciertas interpretaciones tienen tan sólo una importancia secundaria, estaban en contra de excluir cualquier material de las Escrituras. *Que un pasaje determinado no nos diga nada con autoridad y que no lo podamos concebir como autoritativo, no es base para juicio alguno final acerca de su valor.* La razón por la que no llega a decir nada a nuestra situación puede consistir simplemente en que forma parte esencial de una situación diferente. Pero en otra situación nueva y diferente podría ciertamente hablar de nuevo a nuestra condición. Por lo tanto, al tiempo que un cierto discernimiento está no sólo permitido, sino que es obligado, sin embargo el conjunto de las Escrituras no resulta necesariamente afectado por ello.

7. Muchos grupos rechazaron expresamente toda alusión a un «canon dentro del canon», o a un «núcleo conceptual» (*Sachmitte*), ya sea en el Nuevo Testamento o en el conjunto de la Biblia. Verdad es que las interpretaciones contenidas en la Biblia no se encuentran todas al mismo nivel, pero tales términos sugieren la posibilidad de establecer distinciones permanentes, pues no es difícil, interpretar términos como «canon dentro del canon» o «núcleo conceptual» en un sentido estático. Por esa razón no podemos atribuir autoridad permanente a un núcleo de escritos bíblicos o de afirmaciones bíblicas, e interpretar el resto en función de este núcleo. Sin embargo, las afirmaciones bíblicas tienen ciertas conexiones internas, muchas de las cuales están directamente relacionadas con los acontecimientos salvíficos centrales, mientras que otras derivan

de esas afirmaciones centrales como conclusiones de las mismas o como una explicación más completa. Diferentes colecciones de afirmaciones, diversos escritos y grupos de escritos, tienen cada uno de ellos diferentes núcleos. El grupo germano-holandés prestó especial atención a esta conexión interna de las afirmaciones bíblicas. Para denotar estos núcleos decisivos acuñaron el término *Beziehungsmittle* (núcleo relacional). El amor de Dios o la resurrección de Cristo fueron considerados núcleos relacionales de los que lógicamente se siguen afirmaciones acerca de la vida eterna. Este grupo se refirió a Jesucristo, al Reino de Dios, a la muerte y resurrección de Jesucristo, como a núcleos relacionales para todo el Nuevo Testamento, pero no consideraron ninguna de estas fórmulas como exclusiva y excluyente.

8. A menudo es imposible aceptar hoy las interpretaciones bíblicas sin modificaciones. Esto no significa que carezcan de significado. Lo cierto es más bien que la generación actual entra en el proceso interpretativo en el que también estaban inmersos los testigos de aquel pasado. Partiendo de las interpretaciones que ellos nos han legado, debemos tratar de vislumbrar los hechos que estaban interpretando y realizar en nuestra situación lo que ellos hicieron en la suya propia. Debemos actuar en comunión espiritual con ellos. Del mismo modo que su interpretación estuvo relacionada con la obra reveladora de Dios, así debe estar orientada análogamente la nuestra.

9. Si el proceso de interpretación hecho hoy aparece como la prolongación del proceso interpretativo reconocible en la Biblia, entonces debe darse una considerable importancia a la situación en cualquier momento de nuestra interpretación de las Escrituras. Tal y como los escritores bíblicos respondían a una situación concreta, la interpretación en el presente está determinada también por nuestra propia situación. Las preguntas hechas al texto juegan un papel destacado en la interpretación. Por supuesto, el texto tiene también su propio peso. Hace sus preguntas propias y ciertas cuestiones brotan de nuestra situación propia sin hallar eco en la Biblia. El alcance viene limitado en principio por la realidad atestiguada en ella. Pero la situación con sus elementos dados y sus problemas abiertos determina la perspectiva dentro de la cual el testimonio bíblico de-

be ser leído o interpretado. Las relaciones de los grupos dejaban bastante claro que son inevitables tales situaciones condicionadas en las perspectivas hermenéuticas. No deberían ser calificadas de sesgo, sino ser entendidas más bien como un método de relación con las situaciones contemporáneas. Por ejemplo, el grupo americano decidió a partir de su situación que su perspectiva hermenéutica era el Dios Liberador y que desde ese punto de partida debería leerse e interpretarse el testimonio bíblico. La relación sobre «Trascendencia del problema hermenéutico para el Movimiento ecuménico» ya ha señalado esta interacción entre las cuestiones suscitadas por el texto y las cuestiones planteadas al texto². Sólo cuando se acepta esta interacción puede demostrarse la autoridad de la Biblia.

10. ¿Cuál es la importancia del canon? Es difícil exagerar su significado práctico. Los libros que han sido reunidos para formar la Biblia se han convertido en una unidad literaria que ha ejercido un influjo profundo a lo largo del transcurso de la historia. El hecho de que ciertos escritos fueran incluidos y otros excluidos ha tenido una influencia decisiva sobre la historia de la Iglesia. El canon ha reunido gran variedad de testimonios y precisamente esa variedad es lo que ha determinado la historia de la exégesis. La línea divisoria entre los escritos canónicos y los no canónicos no es rígida e inflexible. Es más bien un asunto de límites fluidos. Como ya dijimos, incluso los textos incluidos en el canon no tiene todos la misma importancia, pero incluso aunque la canonicidad no permitiera un juicio definitivo sobre la autoridad de un escrito, el trazado de una línea fronteriza no es en modo alguno cuestión baladí. El hecho de que la Iglesia haya reconocido estos escritos como el material autorizado sobre la obra de Dios en Cristo, hace del canon de las Escrituras testimonio obligado para nosotros. Sólo resta añadir que los escritos extracanónicos, y particularmente la literatura intertestamentaria, son en extremo importantes para el estudio de los presupuestos y condiciones del período bíblico.

11. Las consideraciones hilvanadas hasta aquí, ¿son válidas también para el Antiguo Testamento? La mayoría de los grupos no

2 Cf. Bristol, Sección I, III, parág. «Preguntas que suscita el texto».

trató esta cuestión detenidamente, sobre todo aquellos cuyos temas seleccionados no les constreñía a hacerlo. Hay diferentes acontecimientos centrales en el Antiguo Testamento, como el éxodo, los sucesos del Sinaí, la ocupación de Canaán, la monarquía davídica, el retorno del exilio, todos los cuales son considerados como reveladores de la actividad de Dios y están relacionados de diversa forma con su alianza divina establecida con Israel para el beneficio de la humanidad en general. Lo que dijimos anteriormente acerca de la unidad entre acontecimientos e interpretación se aplica también al Antiguo Testamento y nos vemos confrontados en éste con una pluralidad de interpretaciones que no tienen el mismo peso. Pero, mientras que el Nuevo Testamento está relacionado con un único acontecimiento histórico central, la persona y vida de Jesucristo, el Antiguo Testamento cubre una historia de muchos siglos. Además, en el Antiguo Testamento hallamos una variedad mucho mayor de testimonios y, en grado superior al Nuevo Testamento, el Antiguo contiene material cuya conexión con los acontecimientos históricos no es tan clara para nosotros (particularmente en la literatura sapiencial).

En las relaciones de los grupos aparece una notable divergencia al valorar el Antiguo Testamento. El grupo germano-holandés fue el que formuló esta divergencia con mayor claridad: «Algunos de nosotros mantienen que, por lo que respecta al núcleo relacional, el Antiguo Testamento posee una autoridad igual a la del Nuevo Testamento; por esa razón hablan de dos fuentes de autoridad que interpretan como complementarios el uno del otro. Otros sostienen que el Antiguo Testamento recibe su autoridad, para nosotros sólo a través del núcleo relacional del Nuevo Testamento; por esa razón la recíproca interpretación del Antiguo y Nuevo Testamento se hace accesible sólo a través del testimonio del Nuevo Testamento». Sin duda nuestra lectura del Antiguo Testamento diferirá en consonancia con la postura que adoptemos de entre las citadas. Esto es motivo de diferencias importantes de interpretación.

IV. EL ESPÍRITU SANTO, LA IGLESIA Y LA INSPIRACION

En último término la autoridad de la Biblia se evidencia únicamente cuando la misma Biblia demuestra su autoridad, la cual no

puede derivarse de ningún criterio externo. Ciertamente la Biblia tiene autoridad como documento literario que merece ser leído. Además es de una importancia ineludible como testimonio autorizado prescrito para la Iglesia. Pero, cuando hablamos de la autoridad de la Biblia, no nos referimos simplemente a la autoridad en ese sentido. Más bien lo que queremos decir es que a través de la Biblia Dios se muestra como el Señor y el Redentor.

Se han sugerido varias consideraciones para tratar de mostrar la autoridad inherente a la Biblia:

1. La Biblia contiene un mensaje que no es derivado ni arquetípico (*unableitbar*). Su carácter es único y por esa razón debe ser aceptado. P. ej., un grupo señaló que la comprensión de Dios en el Antiguo Testamento es singular y no puede derivar de las religiones orientales. Yahveh está contra todos los ídolos y esta oposición es una característica de toda la Biblia. Es precisamente en este aspecto como prueba su autoridad (grupo católico alemán).

2. En la historia de la Iglesia la Biblia ha demostrado una y otra vez ser fuente de fe. Por esta razón es legítimo insistir hoy en que nos sometamos a sus afirmaciones.

3. Según la visión tradicional dominante en muchas iglesias, la Biblia es considerada un libro inspirado y su autoridad descansa en el hecho de su inspiración. Esta doctrina de la inspiración puede tomar diferentes formas en cuanto a sus detalles, pero, en cualquier caso, la Biblia se distingue fundamentalmente de otros libros dado que en ella Dios ha usado palabras y formulaciones humanas para revelarse. Sin embargo, a la larga, ninguna de estas consideraciones proporcionan una base adecuada para la autoridad de la Biblia. La primera resulta demasiado genérica y formal. Las otras dos no ofrecen realmente ningún argumento; además, contienen una mera aserción o un dogma cuya validez se presupone. Las relaciones de los grupos, por el contrario, concuerdan en que el contenido de la Biblia debe probar su misma autoridad y abandonar todo intento de proporcionar una base externa para la autoridad de la Biblia. En consecuencia señalan que la autoridad de la Biblia quedaría menoscabada si requiriese una legitimación desde otras fuentes. Ella misma debe ofrecer la prueba.

Pero el hecho destacado de que sea el impacto de su mensaje lo que demuestra la autoridad de la Biblia condujo a varios grupos otra vez –para su sorpresa– a la inspiración de la Escritura. Si la interpelación de Dios es experimentada en la forma compelerente que sin duda puede apreciarse en la Biblia, ¿no significa esto que detrás de la Biblia está la obra del mismo Dios, es decir de su Espíritu? El testimonio de la Biblia, ¿acaso no es el testimonio más claro que Dios nos da? Si hablamos aquí de inspiración, es importante notar la diferencia fundamental entre este uso y la doctrina tradicional de la inspiración. Lo que en esta última es un supuesto dogmático, aquí es el resultado de la experiencia en la que el mensaje de la Biblia se muestra a sí mismo con autoridad. La afirmación de que este testimonio bíblico es inspirado continúa siendo una declaración de fe. Asumir la inspiración por adelantado conduciría a una visión legalista de la Escritura.

La adopción de la noción de inspiración suscita una serie de preguntas ulteriores, a las que los grupos se refirieron, aunque sin responder a ellas. Si la afirmación de que la Biblia es inspirada resulta de una conclusión esbozada a partir del encuentro actual con Dios a través de la Biblia, la pregunta que se plantea es por qué es esto cierto sólo con respecto a la Biblia. ¿No podrían estar también inspirados Basilio, Agustín, Tomás, Lutero, o algunos autores modernos? Seguramente fue su obra de interpretación la que dotó de una autoridad renovada a las palabras de la Biblia. Desde luego, ¿por qué no podríamos hablar de inspiración en el caso de la actual predicación, que puede también guiar a un encuentro con Dios, probándose así inspirada de la misma forma que acontece en la Biblia? Está claro, por tanto, que se requiere una explicación más nítida acerca de si Dios se ha ligado a través de su Espíritu a la Biblia en su totalidad y en qué sentido lo ha hecho.

La pregunta acerca de la autoridad de la Biblia es inseparable del proceso interpretativo en la Iglesia. Por ello hablar de inspiración significa reabrir la cuestión de la acción del Espíritu en la comunidad aclesial. Siempre que la interpretación actual conduzca a los hombres a conocer la Biblia como obra del Espíritu, debemos recordar la línea prolongada de testigos inspirados que han ejercido su influjo sobre esta interpretación. Los primeros testigos fueron

llamados e inspirados por le Espíritu Santo, pero sus testimonios, una vez adquirida la forma final, no son independientes del mismo Espíritu; para ser a su vez transmitidos, deben ser leídos en el Espíritu. Tal y como el Espíritu llamó una vez a sus testigos, así también hoy despertará la fe, la obediencia y el testimonio al desplegar ante nosotros estos testimonios indispensables. El Espíritu obra en la Iglesia. ¿Cómo se relaciona su obra en la comunidad histórica de la Iglesia con su obra en el cristiano individual? ¿No deberíamos afirmar que es sólo dentro de la comunidad de la Iglesia donde puede ser leída la Biblia y escuchada realmente como Palabra de Dios creada por el Espíritu Santo?

V. EL USO DE LA BIBLIA

La complejidad del asunto de la autoridad de la Biblia se puso en evidencia a lo largo de nuestra investigación. Esta complejidad es debida al carácter especial del material bíblico y a la variedad y variabilidad de las situaciones en que las iglesias y los cristianos nos hallamos en el mundo actual. Sin embargo, pudimos clarificar el concepto de autoridad aplicado a la Biblia (Sección II), señalar los diversos aspectos históricos y actuales del problema (Sección III) y, finalmente, indicar ciertas conclusiones concernientes en concreto a la relación entre neumatología y eclesiología.

A partir de estos hallazgos provisionales, ¿es posible decir algo sobre la cuestión del uso legítimo de la Biblia al que nos referíamos al inicio de la relación? En lo que sigue nuestro mayor interés consistirá en considerar las implicaciones ecuménicas.

1. No debemos mirar a la Biblia fundamentalmente como una regla a la cual conformarnos en todas las cuestiones que surgen en nuestra vida. La Biblia es testigo de Dios que nos ha liberado en Cristo. La Iglesia es llamada a vivir en comunión con Cristo. Por esa razón no debemos convertir la Escritura, que no brinda testimonio de Dios, en una ley. Los contenidos bíblicos precisan constantemente de nuevas exposiciones. Pero éstas no deben convertirse en norma para cualquier problema y situación. Hacer eso sería forzarlas en exceso. Esto se aplica no sólo al integrismo bíblico, sino también al intento de formular la visión bíblica de todo proble-

ma que se discuta. La Biblia no es una norma que nos viene impuesta desde fuera. Al contrario, debe ser leída y escuchada dentro de la comunidad de testigos, en la Iglesia. La interpretación está también determinada en parte por los elementos de toda situación dada. Las interpretaciones varias y a menudo muy divergentes que la Biblia contiene nos invitan a dar testimonio con nuestras propias palabras del mensaje que ella contiene.

2. Por supuesto, al mismo tiempo, la Biblia debe ser leída con esperanza de que pueda desvelarnos la verdad. La confrontación inevitable con el pensamiento contemporáneo y con los elementos de nuestra presente situación no debe traicionarnos hasta el punto de abandonar la prioridad de la Biblia para el pensamiento y praxis de la Iglesia. La Biblia no es un patrimonio del que podamos escoger algunos aspectos a voluntad, ni es sólo una fuente de inspiración entre muchas. Entenderla así sería malinterpretarla. La trascendencia decisiva de su mensaje para todas las épocas es adecuadamente reconocida sólo cuando su testimonio es leído como desvelamiento previo del último sentido de nuestro mundo y de nuestras propias vidas.

3. La Biblia es un libro crítico. Es imposible encajarla en el pensamiento generalmente dominante hoy. Tampoco es idéntica a la doctrina y pensamiento de la Iglesia. Es una instancia de apelación crítica a la cual la Iglesia debe constantemente referirse y de cuyo juicio no están exentos ni siquiera los desarrollos que tienen lugar en nuestro mundo. Por esa razón no es sorprendente que la cuestión del acercamiento legítimo a la Biblia y, de la aplicación precisa de su mensaje, condujera a vigorosas controversias en la Iglesia. Es obvio que las líneas divisorias en estas controversias no coinciden ya con las fronteras confesionales tradicionales. Siempre que la Iglesia es cuestionada desde fuera o desde dentro a propósito del nombre y la autoridad con que habla y actúa, se plantea de nuevo el problema de la autoridad bíblica.

4. Las formas en que se expresa el pensamiento bíblico están ligadas inseparablemente a la situación histórica del pueblo de Israel y de la Iglesia primitiva. Los escritores bíblicos procuraron hablar y actuar en respuesta a los desafíos de su propio tiempo. El desafío supremo era el propio mensaje, pero, aparte de éste, existía así mis-

mo una confrontación con los movimientos contemporáneos, tales como el sincretismo, el culto al emperador, el agnosticismo, etc. El mensaje debía probarse por sí mismo en medio de constante controversia. La Biblia comienza a hablar con mayor efectividad cuando es leída en el contexto de las controversias correspondientes a nuestro propio tiempo. Por esa razón debemos exponernos al desafío de la situación existentes en cualquier tiempo dado. Esto significa también que la Biblia no es un libro religioso en el sentido usual, es decir, sólo para el uso litúrgico. Al contrario, debe ser puesta en relación mutua con las cuestiones de cada tiempo.

5. Si la situación contemporánea es, incorporada de esta forma al proceso interpretativo, resulta evidente que los métodos aceptados de exégesis no producen necesariamente hallazgos idénticos. La autoridad de la Biblia universalmente reconocida no es garantía de la unidad de la Iglesia. Pero el proceso interpretativo actual es de hecho, simplemente, la continuación del proceso interpretativo iniciado en la propia Biblia. Sólo mediante la interpretación constantemente renovada el único mensaje sigue siendo Espíritu vivo, sin convertirse en letra muerta. Esto irradia nueva luz sobre el problema de la relación legítima entre unidad y diversidad, así como entre norma y cambio. ¿Cómo puede la Biblia probar su autoridad frente a los cambios de nuestro tiempo que conducen a un criticismo tan radical de las tradicionales pretensiones de autoridad? ¿Cómo podemos interpretar el mensaje de la Biblia de manera que su autoridad sea respetada y a la vez nos libere para comprender las exigencias y oportunidades de nuestro tiempo presente?

Y, sobre todo, ¿cómo debe interpretarse la Biblia para que haya una unidad genuina en Cristo? Tal vez nuestra experiencia presente en el trato con la Biblia puede conducirnos también a una nueva comprensión de la unidad. Ciertamente el Movimiento ecuménico desde el que cristianos de tradiciones diferentes encaramos juntos los desafíos de nuestro tiempo, provee un lugar donde se pueden plantear de nuevo estas cuestiones; y al ir aprendiendo en este Movimiento a usar legítimamente la Biblia, ésta probará a su vez de nuevo su poder.